

EL PINTOR Y SU OBRA

Cuando avanza el siglo XXI resulta indispensable hacer balance de las experiencias y aventuras vividas por el arte de nuestro tiempo. Al mirar hacia atrás y contemplar el camino recorrido durante más de ocho décadas somos conscientes que nunca, en centurias pasadas, se había manifestado como ahora la voluntad de abrir cauces nuevos a la expresión artística. Para un pintor con vocación creadora tal vez nada resulte tan prioritario como la búsqueda de un estilo donde se condense su visión del mundo y de las cosas. Tema distinto es la sinceridad o la intensidad con que se aborde esta tarea, la preparación técnica que la respalde o el grado de inventiva que pueda hacerla fecunda.

Partiendo de estas premisas resulta factible reconocer las múltiples respuestas que han tenido, a todos los niveles, estas búsquedas. Nada más apasionante que el espectáculo de los “ismos” y otras tendencias que no se acogen a este sufijo. Desde los últimos lustros del siglo XIX, como un manantial que no cesa, se suceden los estilos que, abordando problemas formales, conducirán a la abstracción, como el fauvismo o el cubismo, o que, como el surrealismo, exigirán una lectura atenta del argumento, del asunto. Ambas tendencias, con inevitables puntos de encuentro, consienten establecer una dicotomía que, “grosso modo”, se muestra en la confrontación entre el arte figurativo y el informal.

Si seguimos las peripecias de las tendencias figurativas en lo que va de siglo reconoceremos la peculiar vitalidad que han mostrado haciendo del cuadro, al margen de sus valores estéticos, un medio de expresión de ideas. El auge que adquirió la iconología en nuestro tiempo, como medio de conocimiento de las obras de arte de antaño, puede tener su reflejo en las de hogaño cuando se comprueba la importancia que alcanza la interpretación del tema de un lienzo con todos los símbolos que subyacen, a veces, dentro de él.

Pienso en esto al contemplar, como un espectador más, sin ánimo de internarme en análisis rigurosos, las pinturas de Manuel Rodríguez. Habría que desentrañar lo que dice y cómo lo dice partiendo del reconocimiento de una cierta paradoja. Sus pequeños óleos resultan, a la vez, elementales y complejos; predominan los pormenores figurativos representados con candorosa y cuidada sencillez; pero estos motivos se integran en los más caprichosos y fantasiosos marcos. Las cosas más dispares, expresadas con todo su realismo, adquieren nuevas dimensiones al subordinarse, yuxtapuestas e incluso sobrepuestas, a una composición que aglutina los temas aparentemente sincopados del cuadro.

La realidad inventada, que nutre las pinturas de Manuel Rodríguez, ha de rastrearse en el insondable mundo de las sensaciones oníricas. En ellas parecen abrirse pequeñas ventanas cargadas de anécdotas que, aún siendo fáciles de captar, incitan al contemplador a una observación atenta. Resulta inevitable volver la mirada a las tendencias que fructificaron en un pasado, todavía próximo, para descubrir antecedentes de esta actitud creadora. La mayoría de cuantos han comentado estos cuadros hubieron de evocar el primitivismo y el surrealismo, con todas sus derivaciones y desviaciones. Nos asociamos a quienes,

afirmando o negando afinidades con estas tendencias, defienden, como valores indiscutibles de estos óleos, su esencial sinceridad y originalidad.

La complicada y a veces puede que artificiosa composición de estas pinturas, con su ingenuo lenguaje de símbolos, depara continuas sorpresas. Con inventiva nada común cada obra plasma de modo peculiar los ensueños y pensamientos de Manuel Rodríguez. Los títulos de los óleos quieren conducir al espectador hacia las ideas que le dieron vida. Mas, sin perjuicio de reconocer el esfuerzo realizado en este sentido, ha de celebrarse, por encima del hilo argumental, la jugosa inspiración del pintor y, en buena medida, su espontaneidad; pese a todas las apariencias este último factor está presente en los óleos como fruto de un impulso interior.

No he de hacer aquí valoraciones sobre otros aspectos técnicos de los cuadros de Manuel Rodríguez. El análisis del dibujo, del color, de las pinceladas... podría llevarnos a abordar cuestiones formales en las que no quiero entrar. En este breve comentario me interesa tan solo cargar el acento en aquello que imprime personalidad propia a una pintura donde la realidad se exprese a través de una serie de estímulos visuales, con objetos que tienen vida propia, y donde se proyecta la atractiva personalidad de un pintor, casi autodidacta, que sabe ser fiel a sí mismo.

*José Manuel Pita Andrade
Catedrático de Historia del Arte
Ex – director del Museo del Prado*